

(*Héritage et création: recherches sur l'humanisme de quevedo*), Martín Pérez (*Quevedo. Aproximación a su religiosidad*) y Ettinghausen («Quevedo, ¿un caso de doble personalidad?»), pero aquí nos encontramos con el eterno problema de la disparidad de criterios y de fechas, con lo cual la decisión de fijar un hito separatorio se convierte casi en cuestión de fe, se acepta o no se acepta; no obstante creo que establecerlo en torno al año de 1630 es decisión acertada.

Son muy de agradecer las abundantes citas con que el autor ilustra sus asertaciones certificando así el peso de su análisis, pero en el caso de los poemas hubiera sido más acertado citar por la excelente edición de J. M. Blecua antes que por la de F. Buéndía, a la cual se le deslizan no pocas incorrecciones.

Resumiendo, libro riguroso en su estudio y de grata lectura que trasluce en todo momento el oficio del buen quevedista que es su autor, y cuyo manejo es muy aconsejable para acercarse un poco mejor pertrechado a la siempre difícil y siempre amena lectura del mejor satírico de la literatura española: don Francisco de Quevedo y Villegas.

Miguel Zugasti  
G. R. I. S. O. (Grupo de Investigación Siglo de Oro)  
Universidad de Navarra

VALCÁRCEL, Eva: *El fulgor o la palabra encarnada*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1989. 236 pp.

La trayectoria poética de José Angel Valente es una de las más interesantes de su generación, por su búsqueda de la palabra depurada, del poema total, de la raíz esencial de la poesía. En *El fulgor o la palabra encarnada*, la profesora Valcárcel, apoyándose en los plantea-

mientos de la deconstrucción, desarrolla un personalísimo análisis de la obra del autor gallego, con el que pretende el esclarecimiento de esa trayectoria a través de las claves simbólicas de su poesía última.

El libro se compone de tres capítulos, a los que añade una breve antología y una bibliografía.

En el primer capítulo, la autora sitúa a Valente en la poesía española de la época y explica brevemente su teoría poética. El poeta gallego concibe la poesía no como comunicación, sino como conocimiento. Este conocimiento poético "ha de atravesar todos los estadios de la abstracción para hacerse verdaderamente efectivo, para posibilitar la penetración del concepto en el alma del poeta, que se manifiesta deseoso de que se efectúe esa invasión.

El símbolo es el "instrumento necesario para que el conocimiento poético se asiente, el símbolo armoniza lo inefable absoluto y lo contingente, en busca de su palabra justa" (p.18).

Desde su primer libro *A modo de esperanza*, la poesía de Valente, por medio de una mayor intelectualización y abstracción va llegando a su expresión más depurada, que alcanza su culminación en *El fulgor* (1984), considerada por la autora como "la expresión más perfecta, tanto por su vertiente poética, como por su vertiente filosófica" (p.22).

E.V. sintetiza en doce puntos claves lo que ella considera como la configuración de la experiencia poética del autor en su poesía última:

1. El poema como unidad de creación
2. El poder de la palabra húmeda, generadora; el Verbo encarnado .
3. La obsesión de lo no nacido, de lo indiferenciado, de lo no surgido de las aguas primordiales,
4. La existencia del individuo y del poeta concebida como un círculo, elipse o mandorla, que se repite eternamente entre instantes de muerte y resurrección.
5. El tiempo vital del ser repartido entre el indiferenciado gris y el purísimo azul que tinte los instantes más plenos.
6. El fulgor entendido como el momento pleno y fugaz de la contemplación de la eternidad.
7. La mirada. Las imágenes se convierten en visiones al ser contempladas por el Ser.
8. El sentimiento del cuerpo físico y el intento, a través de un diálogo constante con él, de trascenderlo, de elevarse y purificarse.

9. La necesidad de la resurrección, del pasar del otro lado de la muerte.

10. El estado de escritura equiparado con el estado de unión mística entre el creador y su obra.

11. La triple interconexión de experiencias: lo poético, lo místico y lo erótico.

12. Las aguas y la noche como símbolos que se unifican para dar vida a todo lo que existe.

En el segundo capítulo, "Construcción y asentamiento de un edificio poético", realiza un estudio de la técnica y de la filosofía del poeta, desde su primer libro hasta *La piedra y el canto*, colección de ensayos publicada en 1983. Señala dos etapas en la evolución del poeta, que preparan la aparición de *El fulgor*.

A la primera pertenecen todos los libros publicados desde 1955 hasta 1976. Los tres primeros, *A modo de esperanza* (1955), *Poemas a Lázaro* (1960) y *La memoria y los signos* (1966) son libros de poemas austeros, que huyen de la retórica innecesaria, y buscan una mayor concentración y esencialización. Aparece ya la idea del lenguaje como signo de conocimiento que emerge del silencio en el vacío creador, idea que desarrollará en sus obras teóricas.

*Siete representaciones* (1967), *Breve son* (1968) y *Presentación y memorial para un monumento* (1970), pertenecen a un periodo de experimentación estructural, que termina en 1970. En ese mismo año se publica *El inocente*, del cual dice E.V.: "los recursos poéticos se han sofisticado y perfeccionado: la concentración expresiva es mayor, también el uso de los juegos verbales y la ironía; las imágenes son muy fuertes y bellísimas" (p.36).

La segunda etapa concluye con *Mandorla*, publicada en 1982. Este último libro es la maduración de la poesía anterior, y por lo tanto, el final de una evolución constante en busca de la "poesía esencial". Se cierra con él una etapa de búsqueda y se abre otra a la que pertenecen *El fulgor* y *Al dios del lugar*.

Finalmente, en el tercer capítulo de la monografía, la profesora Valcárcel realiza un estudio detallado de los símbolos de *El fulgor*. Selecciona 16 símbolos y hace un análisis individualizado de cada uno

de ellos y de su valor a través de las distintas concepciones culturales. Los símbolos se ordenan en una estructura circular entre el gris y el azul. El gris es el color de la indefinición esencial, "la existencia poética, la expresión máxima del ser es, un combate contra el gris jamás superado" (p.77). El azul en cambio, significa la perfección, la pureza, la luz. "En la relación del ser y el verbo, el azul y el gris se devoran; si vence el azul, podemos hablar de luz, de noche incendiada, de un ángel en el paladar del poeta" (p.20).

Desde el color gris hasta el azul, se extiende todo un camino del conocimiento a través de la poesía, que lleva a la palabra originaria, al silencio. Y entre ellos aparecen los catorce símbolos restantes.

El vacío, símbolo positivo que predispone el espíritu para la trascendencia, y el hueco, que simboliza el lugar donde se forma la vida, la forma de las palabras, el origen. Porque el poeta tiene que llegar al silencio original, sin forma, de donde surgirá el poema. A continuación la araña, que tiende su hilo de comunicación con lo esencial.

El aire es la vida, el pensamiento que no envejece, en continuo contacto con el cuerpo al que rodea y arroja. El aire en movimiento es el viento, "soplo con el que Dios dió la vida al primer hombre". Simboliza los cambios importantes. Los muñecos son un símbolo negativo, así como la ciudad y la torre, signos de orgullo y tiranía, que acaban en caída y en fracaso. Le siguen la sombra y la noche. La sombra es una figura cambiante e irreal, que el poeta percibe con dificultad, y cuya forma ignora. La noche no es el fin del día, sino el principio. "La noche guarda el secreto de las germinaciones y conspiraciones que estallarán con el día en manifestación de vida; es potencialidad y virtud" (p.131).

Otro de los elementos es el agua, que aparece también como lluvia, como mar o como río. "El agua es también luz, la palabra, el verbo generador. Pero agua y palabra no se hacen acto sino bajo la forma de la palabra húmeda." (p.138). En Valente la inmersión en las aguas primordiales es la muerte simbólica, de la que se retorna con un nuevo potencial de existencia. El agua, el fondo y los limos son símbolos paralelos al de la noche. La lluvia es el agua masculina, que humedece la palabra, para conseguir la palabra poética. A continuación, el mar,

lugar donde el cuerpo descansa después de haber conseguido su perfeccionamiento, y el río, que aparece en muchas ocasiones como el cuerpo-río, que fluye hacia el mar. "Alcanzar el mar es alcanzar la unión en la experiencia mística y alcanzar la máxima expresión de un estado de escritura, similar al místico, a través de la experiencia poética".

El fuego es otro de los símbolos de purificación y regeneración, y pone en relación el mundo terrestre con el mundo celeste, a través de la llama que asciende. Y finalmente, el pájaro- la palabra poética-, el caballo, que nos lleva fuera del mundo a la búsqueda del centro, y la luz. La luz es el símbolo más positivo, junto con el azul. El fulgor es la luz que lo inunda todo, que entrega al poeta "el poder de la palabra húmeda, del Verbo, de la creación" (p.170).

Por último, el cuarto y el quinto capítulos son una breve antología y una bibliografía.

La profesora Valcárcel finaliza así esta monografía, en la que aplica un análisis realizado desde los presupuestos de la deconstrucción, y su personal interpretación de la obra de Valente. Escrito en un estilo muy cuidado, Varela Jácome, prologuista del libro, lo vincula a la corriente de recreación estética representada por D. Alonso, Salinas, etcétera.

En mi opinión, quedan poco explicados aquellos doce puntos clave que nos propone en el primer capítulo, y en los cuales hubiera podido resultar interesante profundizar. Por otra parte, E.V. no se detiene demasiado en su concepto de símbolo. El símbolo es para ella el instrumento de transmisión de la inefable experiencia poética, necesario para que el conocimiento poético se asiente, pero no desarrolla este concepto ni lo justifica en su trabajo. Esto se hecha de menos en un estudio sobre los símbolos y las imágenes en la poesía de Valente.

Pilar Aizpún  
Universidad de Navarra.